

Variedad, variaciones de la verdad

Sandra Filippini

Como te digo una cosa te digo la otra -Refrán popular

Hablaré de dos fragmentos en los que me detuve al leer el trabajo de Freud *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*¹ con las problemáticas que introdujo el texto de Fernando Barrios en torno a las relaciones de poder en el análisis. En el debate podremos desplegar otros puntos².

Algunos días atrás, escuchaba una exposición de Frederick Gross³ en la que ubicaba un pliegue entre filosofía y psicoanálisis citando la frase final del seminario *El reverso del psicoanálisis*:

Está claro que faltan muchas cosas, pero hay algo que no es vano precisar lo [...] si este fenómeno tiene lugar, incomprensible en verdad [lo numeroso de su público] pero... en fin que si lo que estoy trayendo no es incomprensible..., en vista de lo que ocurre con lo que para la mayor parte de ustedes estoy introduciendo, es porque, no demasiado, pero sí justo lo suficiente, llevo a que les de vergüenza.⁴

¿Qué pretendía avergonzar Lacan? A un tipo de relación al saber que sostenía parte del público que estaba embelesado con el discurso universitario. Tipo de discurso en el que el saber es la vía que hace lazo social, saber del que se excluyen sus fisuras. Gross aclaraba que, psicoanálisis y filosofía coinciden en avergonzar ese saber, no a las personas.

De mi parte, asiento a ese avergonzarse en tanto que la vergüenza se presenta como un signo de cómo se ha leído y repetido lo escrito por Freud o lo dicho por Lacan, sin preguntas o peor aun callando las preguntas y cuestionamientos que se presentaban. Esas lecturas han provocado y provocan prácticas del decir muy distantes del discurso analítico⁵.

¹ Sigmund Freud, *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*, 1920, trad. Josè L. Etcheverry, O.C. Tomo XVIII, ed. Amorrortu, Argentina, 1992.

² Dado que luego de las exposiciones no alcanzó el tiempo para el debate, esbozaré alguno de ellos al final del texto.

³ Exposición en el Coloquio: “*Histoire de la sexualité*” de Michel Foucault *Enjeux politiques et éthiques de la psychanalyse*, 3 de julio del 2021.

⁴ Jacques Lacan, *El reverso del psicoanálisis*, trad. Eric Berenguer-Miquel Bassols, Paidós, Barcelona, 1992, p. 208. La traducción fue levemente modificada. En Paidós se lee *darles vergüenza por vous faire honte*, preferimos que les de vergüenza ya que dice más precisamente, acota la ambigüedad de quien sería el avergonzado.

⁵ Al decir discurso analítico o como anteriormente discurso universitario, me refiero a lo que Lacan propuso en sus cuatro discursos (del amo y de la histeria completan el cuarteto), en el seminario El

Hace más de 50 años se puso en cuestión la noción misma de “sexualidad”. Desde eróticas disidentes de la heterosexual se produjeron y producen saberes que denuncian los efectos del dispositivo de la sexualidad, que M. Foucault delimitó. El psicoanálisis ha sido una herramienta valiosa para muchos de esos estudios. Para otros no, puesto que resaltan y cuestionan lo que el psicoanálisis ha aportado para sostener y desplegar ese dispositivo asociado a la heteronorma y al binarismo de género.

Hablar de “el psicoanálisis” como si fuera uno, hoy es un exceso por las derivas que tuvieron las diversas vertientes. Las críticas justificadas generan vergüenza por las prácticas disciplinantes heteronormativas que cierto psicoanálisis ha ejercido, así como teorías concordantes con ellas. Sin embargo, Freud introdujo una perspectiva de “la sexualidad” muy diferente de las que existían hasta la creación del psicoanálisis. En aquellos tiempos, había un predominio del saber médico que se pretendía objetivo por estar fundamentado en “la naturaleza”. También del religioso, en el que el saber era indiscutible porque se basaba en el saber de dios: *¡Oh, profundidad de las riquezas y de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!* (Romanos 11:33)

Thomas Laqueur en *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud* muestra cómo la anatomía construye los objetos que estudia, y en qué la diferencia sexual -organizadora de la sexualidad como la planteó Freud- transformó el saber de la anatomía. Hasta entonces, finales del siglo XVIII, la anatomía de la mujer se definía como si fuera la inversa de la del hombre. En los atlas de anatomía los órganos reproductivos de la mujer se dibujaban como si fueran iguales a los del hombre, pero adentro del cuerpo. La propuesta freudiana de la diferencia sexual permitió el pasaje de lo que Laqueur llamó el modelo del unisexo -el masculino- al de la existencia de dos sexos.

Freud, con la diferencia sexual formuló una relación entre los sexos que marcó el saber del siglo XX. La importancia que dio a la diferencia sexual y a la bisexualidad - límite precario de la diferencia sexual- derivó en otra vertiente que sirvió de argumento para la heteronormatividad y asentó el binarismo sexual. Pasaron más de 60 años para que Lacan dijera de “la inexistencia de la relación sexual”. Esta inexistencia es una herramienta que

reverso del psicoanálisis. En cada uno de esos discursos la relación al saber se ubica en posiciones diferentes. El analítico presenta la particularidad de que el saber se produce concomitantemente con la verdad.

desde la teoría psicoanalítica permite al psicoanálisis -que esté dispuesto a no alinearse con la heteronormatividad- no estar más centrada en el binarismo sexual y de género. En la práctica -esa inexistencia- permitió formular la posibilidad del fin de análisis, al descentrar el análisis de la angustia de castración y la envidia al pene⁶.

En el encuentro entre lector y texto, el tiempo es una de las distancias más notorias, los anacronismos que ese (des)encuentro engendra no son desdeñables. Por el contrario, no renunciar a ellos permite dimensionarlos como tales, así como realizar una lectura crítica del texto que visibilice lo que el paso del tiempo transformó de renovador a tradicional, o caduco.

En *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* Freud abrió su trabajo explicitando qué le interesaba mostrar al escribir sobre “*un caso de homosexualidad femenina*”:

La homosexualidad femenina, en verdad tan frecuente como la masculina, si bien mucho menos estridente, no sólo ha escapado a la ley penal; también ha sido descuidada por la investigación psicoanalítica. Por eso quizá merece considerarse la comunicación de un único caso, y no demasiado flagrante, en que se pudo reconocer la historia de su génesis psíquica casi sin lagunas y con plena certeza. (Los subrayados son míos)

¡Freud escribió ese trabajo para darle visibilidad a la homosexualidad femenina en la investigación psicoanalítica! Sin embargo, en la actualidad se hace visible lo que aportaron sus construcciones para darle fundamentos a la heteronormatividad, así como el tipo de invisibilidad que produce leer hoy su fundamentación de la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina respecto al lesbianismo como disidencia del binarismo sexual. Paradoja en la que un “caso psicoanalítico” que no fue caso, cien años después, invisibiliza lo que pretendió visibilizar. No son solo diferencias de palabras, ni de tiempos las que hay entre hablar de homosexualidad femenina y lesbianismo, entre psicogénesis y disidencias eróticas, sino que son espacios ganados por el trabajo de muchos, desde contemporáneos de Freud que cuestionaron la manera en que él planteaba la diferencia sexual (como Karen Horney y Magnum Hirschfeld, por nombrar a dos de ellos), pasando por los campos de estudios que abrió M. Foucault y los activismos feministas, homosexuales, gays, queer.

En el mismo movimiento que Freud planteaba la homosexualidad en términos de psicogénesis, lo que era totalmente vanguardista para su época, llevaba al psicoanálisis al dispositivo de la sexualidad. El psicoanálisis se volvió el saber que daba cuenta de los aspectos psíquicos de la sexualidad. Respecto a la psicogénesis de la homosexualidad femenina el argumento

⁶ Sigmund Freud, *Análisis terminable e interminable*, 1937, trad. José L- Etcheverry, ed. Amorrortu, Argentina.

principal de Freud fue el Complejo de Edipo y sus desviaciones, argumentos con los que la heteronormatividad quedó inadvertidamente en el centro de “la investigación psicoanalítica. A la vez que, abrió a otras maneras de formular la sexualidad, así como de la “génesis de la homosexualidad”.

El complejo de Edipo a través de los años ha funcionado como una herramienta clave de la heteronormatividad al quedar planteado como la única matriz de la subjetividad. Para cierto “psicoanálisis” que pretende ubicarse como un saber “científico” que ha de intervenir en el dictado de las normas sociales, el complejo de Edipo junto con la angustia de castración se volvieron argumentos centrales de la heteronormatividad, y en función de ella otras eróticas pasaron a ser sus “desviaciones”.

La eternamente joven homosexual -además de haber muerto a los 99 años y de haber hablado de sus encuentros con Freud poco antes de morir - si hoy viviera no sería joven, sino que tendría 121 años. Evidentemente, ella ya no puede ser la misma sobre la que se escribió en los textos que la nombraron. Baste como ejemplo la extraña afirmación de Freud que se trataba de una homosexualidad “*no demasiado flagrante*”. Hubo una expectativa y reclamo de “la joven” a Freud, que le dijera al padre que no tenía relaciones genitales con la “dama”. ¿Habría sido la ausencia de relaciones genitales entre ambas mujeres el motivo por el que Freud la calificó de homosexual no demasiado flagrante?

Si quisiéramos dar una clase de psicoanálisis o desplegar algún “concepto” podríamos explayarnos en los “errores” de Freud. Sin embargo, es mucho más interesante hacer visible la sutileza que implica la escritura del psicoanálisis. Intentar escribir de psicoanálisis lo más cerca posible del discurso analítico.

Freud presentó a la joven como un caso de psicoanálisis, sin dejar de explicitar sus reparos de que lo fuera.

En resumen: no es indiferente que un hombre [¡el hombre!] se someta al análisis por su propia voluntad o porque otros se lo impongan, ni que sea él mismo quien desee su modificación, o sólo sus parientes, que le aman o en los que hemos de suponer tal cariño.

Nuestro caso integraba aún otros factores desfavorables. La muchacha no era una enferma - no sufría por motivos internos ni se lamentaba de su estado- y la labor planteada no consistía en resolver un conflicto neurótico, sino en transformar una de las variantes de la organización sexual genital en otra distinta.

¿Cómo después de esa presentación se puede leer lo escrito como un caso?
¿De qué caso escribió Freud si para él la homosexualidad no era un síntoma, ni menos una enfermedad, ni aquella joven vivía angustia por su amor por una mujer? La angustia de la que ella habría hablado era por no querer disgustar a su padre y por lo que él le exigía de suspender los encuentros con su amada. No podemos dejar de preguntarnos ¿sobre qué escribieron la cantidad de trabajos que se han publicado sobre el “análisis” de aquella

joven? ¿De la autoridad de Freud? ¿De lo que cada quien quiere mostrar sirviéndose de un “caso”? Al respecto el último libro de Guy Le Gaufey *El caso en psicoanálisis. Ensayo de epistemología clínica* es muy ilustrativo de lo que queda en la opacidad al escribir “un caso”.

Hay muy diversas lecturas que toman como referente lo que habría sucedido en el consultorio de Freud. Cada una de ellas bautizó “el caso” de diferentes formas: “caso de homosexualidad femenina”, “la joven homosexual”, “la bella joven homosexual”, Sidonie Csillag, Margarethe Csonka.

Escribir “sobre un caso” en psicoanálisis presenta ciertas dificultades que no se limitan a la de exponer la intimidad de un analizante, sino que llevan a quien escribe a preguntarse ¿qué está escribiendo?

¿Qué lo lleva al que escribe “un caso” a hacer público algo que es irrepetible por fuera de la experiencia? No es evidente que sería escribir sobre un caso en psicoanálisis sin poner en cuestión qué rasgos se recortan del mismo, qué selecciona quien escribe, ni si podría decirse que quien escribe es “el analista”. No en vano Freud, en ese texto, al escribir sobre su lugar se llama “el médico”.

En todo caso (vale la ambigüedad de la expresión), la construcción de un caso al ser publicada eterniza una identidad. Lo que cuestiona claramente los informes escritos que se demandan fundamentalmente en la clínica con niños y adolescentes. Las entrevistadoras escribieron que Sidonie a los 92 años habría dicho que lo que la convenció para ir a lo de Freud fue que si el padre dispuso de dinero y tiempo para entrevistarse con Freud y le insistía para que ella fuera “algo debería saber hacer”. Del lado de la joven ¿ese saber-poder sería lo que produjo la reverencia y que pretendiera besarle la mano, al conocer a Freud? Freud al no aceptar que la joven le besara la mano habría renunciado a ese lugar de poder que ella le habría ofrecido. Sin embargo, no renunció al saber-poder que implica publicar como caso lo que aquella joven le habría dicho, ni al que le permitió transformar lo que escuchó en un caso paradigmático de homosexualidad femenina. Priorizó el ejercicio teórico por sobre sus efectos en la práctica⁷.

En cada análisis, de forma singular cada analista optará -advertidamente o no- por qué hacer con el saber-poder que su lugar genera, a ejercerlo o renunciar a él. Las encrucijadas que se presentan respecto a las relaciones de poder que se despliegan en cada análisis permiten atisbar la complejidad y sutileza en juego respecto al lugar del analista.

⁷ Basta como ejemplo leer los efectos que tuvo en la joven la interpretación de Freud sobre el deseo de ella de tener un hijo con el padre.

La teoría en psicoanálisis no es ajena a su práctica, por lo que la teoría como descripción de los casos dejando a un lado la manera en que son construidos y en qué forma esa teoría-práctica es parte o no del dispositivo de la sexualidad, EN LA ACTUALIDAD le hace perder al psicoanálisis su particularidad y lo ubica en el campo de las psicologías.

Especificidades del análisis

Thamy Ayouch, en *Psicoanálisis e hibridez*, propone la identidad de género -u otras “identidades menores”- como un rasgo a privilegiar por el analista en la experiencia analítica. En su propuesta debate con un fragmento de un texto de Jean Allouch. Esperaba esta ocasión para discutirlo con él, pues ese debate pone en juego la especificidad de la práctica del análisis. Lo que citó Ayouch del texto de Allouch:

De hecho, la definición estricta del sujeto por el significante [...], es suficiente para exigir que el psicoanalista, en su fraternidad con el analizante, lo acoge sólo rechazando cualquier categorización: nosográfica, sexista, racial, comunitaria. ¿Qué sé yo de quién entra en mi consultorio para pedirme un psicoanálisis? ¿Juzgaré, como fenomenólogo, qué es, por su apariencia, hombre, mujer, homosexual, religioso, pobre, inteligente, negro, joven o lo que sea? Precisamente no. Un psicoanálisis, del lado psicoanalítico, se emprende sólo con esta abstención. Si Freud, en un gesto tan inaugural como la duda metódica de Descartes, no hubiera podido poner su saber de lado, dar un paso al costado de este pseudodominio que Charcot ejerció, un movimiento freudiano simplemente nunca hubiera podido acontecer.⁸

A lo que Ayouch responde:

Por muy loable que sea la intención consciente de abstenerse, no se realiza por arte de magia sólo al ser enunciada. El/la analista no deja de tener representaciones, conscientes o inconscientes, que le hacen ocupar una posición imaginaria y fantasmática con respecto a los hombres, mujeres, homosexuales, blancos, negros, etcétera. Estas representaciones, en vez de quedar enmascaradas por una pretensión de neutralidad, deberían ser sometidas al análisis de la contratransferencia. Es más, esta postura supuestamente neutra (una superficie virgen en la cual la transferencia se deposita) procede aquí de la imposición implícita de una enunciación masculina (“el” psicoanalista, “el” analizante, “el” “religioso, pobre, inteligente, negro”, escribe Allouch).

En términos de género y sexualidad, esta postura se basa en la evicción histórica de la homosexualidad del/de la analista y así oculta su situación en la primacía tácita concedida a la perspectiva masculina, eurocéntrica, burguesa, hetero y ciscéntrica.”⁹

La especificidad del análisis exige del analista abstenerse de otorgar identidades al analizante, no es ni por la vía de la identificación del analizante a un rasgo, síntoma, o lo que fuera, que el analista facilita el despliegue de un análisis. Tampoco es cuestión de neutralidad, fuera está benevolente o no, sino de especificidad de una práctica. Para que exista análisis, en el devenir de cada análisis ha de producirse transferencia. Transferencia analítica que

⁸ Thamy Ayouch, *Psicoanálisis e hibridez. Género, colonialidad, subjetivaciones*, trad. Thamy Ayouch, ed. Navarra, México, 2020, p.168.

⁹ ídem, p. 169.

no se habría producido en el “caso” de “la joven homosexual”. No habría alcanzado con el lugar de saber-poder que ella -en el gesto de besarle la mano y hacerle una reverencia a Freud- para construir un lugar transferencial. Tampoco, con la repetición que habría producido al contarle a Freud sueños que lo satisficieran, tal como buscaba agradar a su padre. Ese punto crucial no fue obstáculo para que Freud subsumiera lo dicho por aquella joven al complejo de Edipo, dejando a un lado la singularidad de su decir, así como las relaciones de poder que aquella joven ponía en juego en su erótica y en el amor.

Del lado del analista, prestar atención a la contratransferencia le permitirá dimensionar los aspectos amorosos y también los persecutorios que le convocan ciertos rasgos del analizante, pero eso no justifica fijar al analizante en lo que “el analista” supone es una identidad. Puesto que esa localización implica el ejercicio abusivo del poder que genera su función. A la vez que sumergirse inadvertidamente en el dispositivo de la sexualidad.

Freud propuso lo que escuchó de aquella joven como “caso” paradigmático de la homosexualidad femenina. ¡Un “caso” con el que se podría dar cuenta de la homosexualidad femenina de forma universal! Esa manera de presentarla produce una “interpretación” con la que pretendía dar cuenta de los rasgos generales que compartirían todos los portadores de esa identidad.

J. Butler se preguntaba insistentemente ¿qué tiene las lesbianas en común? *“Las lesbianas no tienen nada en común más que su experiencia del sexismo y la homofobia.” “...no hay necesariamente elementos comunes entre las lesbianas, excepto tal vez que todas sabemos algo de cómo funciona la homofobia contra las mujeres, aunque, incluso en este punto, el lenguaje y el análisis que usamos difieren.”*¹⁰

Reconocer y hacer lugar a las heridas creadas en la persecución vivida por habitar eróticas disidentes a la heteronormativa no es equivalente a privilegiar la identidad de género en lo que se produce en un análisis. Ni a fijar la persecución como rasgo identificador de ellas.

Hacer lugar a la singularidad en cada análisis no está supeditado a la neutralidad del analista en relación a la identidad del analizante, sino a la especificidad del análisis la que no se fundamenta en la generalidad de las identidades, ni en una supuesta unidad de esa identidad, por más que esa unidad se ubique en la persecución vivida. La suposición y otorgamiento de

¹⁰ Judith Butler, *Imitación e insubordinación de género*, <https://paroledequeer.blogspot.com/2015/7/imitacion-e-insubordinacion-de-genero.html>

una identidad del lado del analista borraría la opacidad que cada identidad produce. Para nada es cuestión de excluir la comunidad de experiencias persecutorias de diversas colectividades, sino de darles lugar en cada análisis al acoger cómo esas persecuciones fueron vividas singularmente.

En el epígrafe -que no estuvo al hablar en el slam- escribí un refrán popular. Ese refrán lo utilizó en diversas oportunidades el expresidente del Uruguay, Pepe Mujica. Reiteradamente su imagen y su decir avergonzaban la “coherencia y autoridad” que exigía su investidura. Al decir en política y desde ese lugar que “como te digo una cosa te digo la otra” explicitaba la variedad de la verdad y la manera en que las relaciones de poder juegan en el decir.

Lacan en *L'insu que sait de l'Une-bévue s'aile à mourre* señalaba que

Habría que abrirse a la dimensión de la verdad como variable, es decir de lo que al condensar así dos palabras, yo llamaré la varidad, con una é minúscula tragada, la variedad.¹¹

La *varidad* y las relaciones de poder que se despliegan en cada análisis no se acomodan al tan mentado punto medio como señal de temperancia y prudencia; sino que hacen “carne” y se muestran en la práctica analítica de manera específica.

El relato de Freud al referirse a “la mirada colérica” que el padre de la joven les habría dirigido -a la joven y la dama mientras paseaban del brazo- y que habría desenlazado que ella se tirase por la baranda hacia las vías del tren, presenta variaciones con la escena -que evidentemente no se puede decir que haya sido la misma- que escribieron Voigt y Rieder, según les habría relatado Sidonie: “*Corre jadeando en dirección opuesta [a la de su padre]. Cuando se detiene por unos segundos y se da vuelta, se da cuenta, sorprendida, de que su padre parece no haberse percatado de ella, al contrario, acaba de subirse a la eléctrica que acaba de parar.*”¹² (p. 26)

¿Es cuestión de investigar en qué circunstancias sucedió, quién dijo la verdad? ¿Si las diferencias respecto a la mirada del padre fue un invento de Freud o de las entrevistadoras? ¿Si fue parte de la *varidad* del decir de Marguarethe Csonka sobre aquella escena? Tanto en el análisis como en la escritura los hechos no son las únicas referencias, lo que deja ver lo inconveniente de fijar identidades, a partir de hechos. Esas escrituras (des) encontradas de terceras personas sobre lo que “la joven” -para Freud- y Sidonie -para las entrevistadoras- habría dicho dejan ver que lo que estaba

¹¹ Sesión del 19 de abril de 1977. La traducción es nuestra.

¹² Inés Reider -Diana Voigt, *Sidonie Cillag, la joven homosexual de Freud*, ed. Cuenco de plata-Literales, Bs.As, 2004, p. 168.

en juego en la insistencia de hablar de la mirada de ese padre no era tanto si esa vez el padre la miró o no, sino la importancia que se le diera a esa mirada para ella. Por ejemplo, la importancia que se diera al complejo de Edipo en lo que se escucha, al lugar de un padre. Paradójicamente, Freud en su texto puso en cuestión que para aquella joven hubiera habido análisis, pero no deja de nombrarlo como tal ni de mostrar rasgos de la contratransferencia que sí habría existido a la luz de lo que produjeron esos encuentros, para él.

En el texto de Freud desde el título brilla los costos de fijar a quien fue a su consultorio en una identidad, la homosexual femenina. El lector puede quedar atrapado en ese brillo y supuesta transparencia de la identidad, y seguir hablando eternamente de la joven homosexual, junto al Edipo en la psicogénesis de la homosexualidad. O, por el contrario, puede hacer una lectura crítica en la que esté presente la opacidad del erotismo y permita ver el brillo de los rasgos contratransferenciales que estuvieron en juego respecto a aquella joven, en lo escrito. Por ejemplo, el lugar de un padre con una hija y el binarismo sexual.

La invitación a participar de este encuentro proponía un dispositivo de la poesía, un slam de exposiciones. Ojalá los textos y el decir analítico se acercaran al discurso analítico como tantas veces lo hace la poesía. El libro de Val Flores *Una lengua cosida de relámpagos* es una muestra de esa potencialidad de la poesía. Está escrito en fragmentos que hacen visibles la singularidad de su “chonguez”, su “lesbianismo”, su “feminismo”, desde sus heridas, su cuerpo, su goce. Esa escritura consueña con lo que *lalengua* produce en un análisis:

*Una lengua viajera hecha contra las fronteras del saber, en la porosidad de la ambigüedad, con el extraño poder de electrizar el espacio entre dos palabras, para provocar mutaciones imperceptibles, poblándola de diferencias sutiles o minúsculos extravíos.*¹³

Un encarnizado trabajo de despojamiento de los clichés, de los nombres cristalizados (perversión, psicopatía) y agotados que nada nuevo tienen para decir de nuestras vidas precarias.

*Porque cada piel exige un idioma...de plumas, de sauces, de silencio, de arena, de estrellas, de uñas, no para entender, sino para saber la longitud de la llama.*¹⁴

¹³ Val Flores, *Una lengua cosida de relámpagos*, ed. Hekht, Bs. As., 2019, p. 36.

¹⁴ ídem, p. 15.

